

La historia del duendecito

Carlos Alberto Pontón Delgado
Centro de Expresión Cultural

Después de enseñarles por más de 20 años a narrar historias audiovisuales a jóvenes y adolescentes en varios escenarios de Cali, un día me encontré inmerso en un universo completamente desconocido, rodeado por un grupo de niños que me miraban con gran expectativa ante el interés de hacer con ellos una película en la que ellos fueran los personajes. Esta experiencia hace parte de un proyecto de formación artística y de reconstrucción de memoria de un grupo de artistas que estamos participando en la creación de caminos de paz e inclusión social a través de las prácticas artísticas en comunidades rurales vulnerables del Valle del Cauca.

Lo primero que me pregunte fue: ¿cómo empezar? Busqué incansablemente en Syd Field, Linda Seger y Robert McKee alguna clave que me permitiera empezar. No encontré en ninguno de estos grandes gurús de la narrativa visual algo que me sacara del atolladero en que me encontraba. De repente, uno de los niños, extrañado por mi silencio, me cogió del brazo y empezó a contar su reciente encuentro con el Duende. Apenas terminó, el resto de niños lo siguieron, aludiendo a sus propias experiencias con este ser fantástico, que para ellos (niños de sector rural de Potrerito, Jamundí) era uno de sus convidados, infaltable en sus juegos infantiles y aventuras en el campo.

Al fin pude respirar con calma. Para empezar, ya tenía el tema y se ajustaba a los propósitos de mi intervención de rescatar la memoria histórica de estos niños del campo a través del audiovisual. Y el Duende me estaba dando esa oportunidad.

Al otro día, llegué más confiado y quise tomar la palabra. Todos me miraron con gran curiosidad. Mi aspecto de profe, barbado y en bluyines, les causaba simpatía. “Bueno niños, hablemos un poco más de ese ser fantástico, del Duende”.



Aidstop, Diego Giovanni Bermúdez Aguirre

Uno de los niños, de manera muy ingenua, me preguntó qué quería decir esa palabra tan rara. Esta vez traté de explicarles a los niños, con una postura que no fuera muy académica, que fantástico es todo aquello que llega al mundo de lo real sin ser de nuestro mundo y nos causa un gran sobresalto. Después de estas palabras, vi en los rostros de los niños un dejo de indignación y reclamo: “¿cómo así que el Duende no hacía parte de su mundo real? Si había jugado canicas con ellos, los había perdido en el bosque y, en varias ocasiones, lo habían sorprendido escondiendo las cosas de la casa o jugándoles una pilatuna ante el espejo”. Eso de que el Duende era un personaje fuera de su mundo era completamente inadmisibles para ellos.

Aquel día tuve que reconocer que construir una narrativa con niños iba a replantearme muchas cosas. Tenía que iniciar una inmersión desprevénida en su propio universo y aprender de ellos.

Como ya tenía un tema, con muchas escenas alrededor de las experiencias personales de los niños con el Duende, les propuse que las fuéramos organizando en una historia completa, con un inicio y un final. Utilizando la imagen de una locomotora que arrastra sus vagones de un lugar a otro, los niños, al quedar cautivados por esta imagen en movimiento, sintieron la invitación al juego del tren, por lo que ese día tuve que olvidarme de mi propósito de armar la historia.

En la siguiente sesión, los niños me sorprendieron. Todos traían sus escenas dibujadas, como un *storyboard* de la historia, y no me había pasado del asombro cuando me las comenzaron a poner en el suelo, como si fueran los vagones de un tren, iniciando y terminando con la imagen del Duende. De manera intuitiva, los niños habían articulado una historia con un protagonista, que tiene que resolver un conflicto y en cuyo desenlace se resuelve en la historia, con la

ayuda mágica del Duende por supuesto. No tuve que quebrarme la cabeza explicándoles el sentido de la premisa dramática, los puntos de giro u otras de esas retóricas de la narrativa que me sacaron de apuros en mis anteriores trabajos con jóvenes

Ya tenía la historia. Ahora surgía otra pregunta: ¿cómo la vuelvo película?

Nunca había dirigido niños. Con jóvenes siempre lo había resuelto con las técnicas actorales de Stanislavski o del Actors Studio, de Lee Strasberg, pero estos maestros nunca me hablaron de cómo dirigir un grupo de niños. Esa noche comencé a padecer de insomnio. Recordé las actuaciones conmovedoras de los niños a través de la historia, del cine desde *El chico*, de Chaplin, hasta *Los niños del cielo*, del iraní Majid Majidi. Vencido finalmente por la nostalgia y el cansancio me quedé profundamente dormido.

Al día siguiente, busqué un gran amigo, que dirige obras de teatro para público infantil. Él, después de escucharme pacientemente sobre mis intenciones, se compadeció de mí y me invitó a ver sus obras de teatro infantil para tratar de esclarecerme, según él, ese intrincado mundo de la actuación para niños. El día de la función me mimeticé en medio de los padres que acompañaban a sus niños para ver una versión infantil de *El Quijote de la Mancha*. Apenas se apagaron las luces y comenzó la representación recobré la esperanza de ver y aprender cómo los niños actúan ante un escenario. En el desarrollo de la representación, en medio de las aventuras y desventuras del Quijote y su escudero, Sancho Panza, nunca apareció un niño. Es como si se hubiesen extinguido en la Edad Media bajo la sombra de la peste. Al final de la obra, en medio de los aplausos apasionados de los padres ante la actitud indiferente de sus pupilos, me escurrí de la sala de teatro un poco frustrado al no encontrar nada

que me ayudara a averiguar cómo era ese desconocido arte de dirigir a un grupo de niños. Esa noche antes de dormirme me sumergí en los recuerdos de mi infancia. Tal vez ahí podía encontrar alguna salida posible. Recordé que mis representaciones infantiles estuvieron más ligadas a evitar el castigo del prefecto de disciplina del confesional colegio de los Hermanos Maristas por alguna de mis travesuras, pero no con la actuación. Fueron simples actos físicos de sobrevivencia. Volví otra vez a mi biblioteca, a ver si la experiencia de otros me arrojaba alguna luz en esa larga noche de insomnio. Encontré una joya bibliográfica, *La infancia recuperada*, del maestro Savater. Lo releí hasta el amanecer. Evoqué mis primeras lecturas infantiles, *La isla del tesoro*, *Las aventuras de Sandokán* por los mares orientales y terminé en los mundos futuristas de Julio Verne, pero la expectativa de recobrar mi infancia se diluyó en las conclusiones filosóficas de este gran maestro al final del libro.

A la mañana siguiente, al observar mi aspecto ojeroso ante el espejo, decidí cambiar de estrategia. Visitaría a una amiga psicoanalista para que me ayudara a resolver este bloqueo de la creatividad que estaba padeciendo: convertir una narración fantástica de niños alrededor del Duende en una película. Estaba seguro de que una psicóloga freudiana me iba remover los traumas de la infancia que me impedían hacer fluir mi espíritu creativo. Frente a todo lo esperado, no me hizo acostar en ningún diván, ni auscultó los misterios oníricos de mis sueños o actos fallidos. Solo me ofreció una taza de té, me escuchó pacientemente durante gran parte de la tarde y luego me dijo de manera lacónica que la consulta ya había terminado y que le debía doscientos mil pesos. Me mordí la lengua de arrepentimiento.

Me ausenté unos días de los niños mientras aclaraba mis ideas y decidí refugiarme en la vida y obra de

muchos directores de cine que en algún momento de sus vidas se hicieron las mismas preguntas que yo me hacía ahora. Solo pude sacar una conclusión general de todos ellos: “cuando hagas cine, trata de no trabajar con animales, barcos ni niños”. Yo no me iba a dar por vencido. Me había comprometido con los niños a hacer una película con ellos.

Cuando volví y llegué al lugar de reunión no los encontré. Me pareció lo más natural que se hubieran aburrido de un profesor que les hablaba como en otra lengua o simplemente que se habían desmotivado de ese cuento de hacer una película conmigo. Me senté en una butaca al lado de un samán, resignado a lo que sucediera. A los pocos minutos, uno de ellos se me acercó con sigilo y me contó un secreto al oído. Me iban a presentar toda la historia del Duende. Esperé con la paciencia propia de un solitario espectador y comenzaron a representarme, con vestuario y todo, la historia, desde el inicio hasta el final. Nunca antes había visto unos actores tan viscerales y apasionados, hasta el mismo Stanislavsky se hubiera sorprendido. No podía ser de otra manera. Representaban al Duende tal como lo habían vivido. Después, lo demás, comenzó a fluir hasta terminar una breve película en la que los niños disfrutaron reviviendo sus aventuras con el Duende. En cuanto a mí, como profesor de realización audiovisual, después de escuchar durante mucho tiempo los mandatos de la razón, en esta oportunidad tuve que dejar salir la voz de mi corazón. De allí brotaron las emociones que se despertaron con estos niños de Potrerito durante esta extraordinaria experiencia. Fueron las fibras más sensibles con las que tejí con ellos esta historia de *El duendecito*.